

Querido Decano del Colegio, queridos compañeros, familia y amigos.

Muchas gracias a la Demarcación del colegio en Andalucía, Ceuta y Melilla y a su Junta Rectora por este reconocimiento. Me ha hecho muchísima ilusión.

Uno está 100% absorbido en su día a día, siempre empujando hacia delante, mirando lo que se viene, no había levantado la cabeza para mirar atrás para ver que ha pasado en mi vida profesional desde que empecé en 1996. Este reconocimiento me ha dado la posibilidad de hacer balance, que hoy me permito compartir con vosotros. Muchas gracias por ello.

En septiembre de hace 30 años, estaba yo pidiéndole a mi madre que me dejara su Renault 5 para irme a Madrid a empezar Caminos. Para seros sinceros, no había sido mi primera opción. Ingenuo de mí, no sabía por entonces que uno nace ingeniero de caminos sin saberlo. Yo además con mi padre como bandera, era muy difícil resistirme a mi destino. Sin embargo no fue obvio para mí de inicio, yo de pequeño veía en la aviación mi futuro profesional, y más allá de locuras infantiles, yo me veía pilotando un caza de combate. Nadie sabía mejor que yo las prestaciones de los diferentes modelos, coleccionaba todo lo que podía, pero mi hermana un día me hizo poner los pies en el suelo. Dios no me había dado ojos para pilotar. Tengo miopía desde chico. La vida luego me permitió reencontrarme con mi vocación frustrada haciéndome piloto de vuelo sin motor, y de forma ininterrumpida, hacer más horas de las que nunca soñé, montado en un avión de aquí para allá. He contado que he debido hacer unos 500 vuelos transoceánicos en mi vida profesional.

Volviendo a mis opciones de adolescente para elegir profesión. El plan B estaba claro, si no podía pilotar aviones, porqué no diseñarlos, así que puse como primera opción tras selectividad fue hacerme ingeniero aeronáutico. Pero estaba claro que mi destino era hacerme caminero, porque un desencuentro con Santo Tomás de Aquino en el examen de filosofía de Selectividad hizo quedarme a unas pocas décimas de ser aeronáutico, y ya sí, por fin, mi destino se hizo realidad, entré como Dios manda en Caminos en Madrid para empezar una nueva vida.

Mis padres me hicieron responsable, muy responsable. Así que a pesar de vivir en un Colegio Mayor, me puse a estudiar como si no hubiera un mañana y saqué la carrera de manera exitosa a curso por año. Fueron

unos de los años más bonitos de mi vida sin lugar a dudas. Donde se forjaron la mayor parte de mis grandes amigos, que me han seguido acompañando todos estos años, algunos de ellos que se sumaron al proyecto empresarial de Ayesa conmigo y están aquí acompañándonos.

La Universidad Politécnica me demostró que hacerte ingeniero tiene una componente enorme de heroísmo y donde el compañerismo juega un papel fundamental. Aquello era una selva donde ningún profesor regalaba nada y donde aprender las asignaturas era fruto de un enorme ejercicio de autoaprendizaje. Esos exámenes multitudinarios a los que íbamos todos en masa a ver a qué nos enfrentábamos. Donde mirar tu nota en el tablón te llevaba minutos hasta poder encontrarte.

Esa falta del individuo como estudiante, perdido en la masa, había exámenes donde éramos mil, claramente acentúa la capacidad de supervivencia frente a la adversidad, pero no tengo claro que realmente fuera el mejor enfoque a la educación de lo que tiene que ser un buen ingeniero. Más tarde tuve la oportunidad de estar 15 años dando clase en Arquitectura, compartiendo docencia además unos años con Luis. La perspectiva desde el otro lado confirmaba que hay cosas que deberían ser de otra manera.

Con los años y viendo como funcionan otros sistemas educativos en países anglosajones, me quedó claro que nos queda mucho camino por andar para conseguir que nuestros universitarios emprendan de verdad un camino de enseñanza enfocado a ser profesionales, y no un camino a la enseñanza donde no existe vínculo entre la formación y la empresa. Donde un ingeniero recién salido sabe casi tanto del mundo profesional como un chico que hace la Selectividad sabe sobre qué carrera se adapta mejor a sus propias condiciones. No he dejado de preguntarme todos estos años de qué manera podemos estrechar la relación universidad-empresa.

Volviendo a mi experiencia personal, una vez transformado en Madrid, me egreso orgulloso como Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, y encaro mi carrera profesional. La verdad es que no lo tenía difícil. Hice un tímido amago de irme fuera de España, pero la llamada de la sangre era demasiado fuerte. Tener al mejor ingeniero de caminos de la historia como padre es un regalo. No podéis imaginaros el padre que tengo, muchos lo disfrutáis en sus conferencias y con su legado como ingeniero y

escritor. Yo además lo he disfrutado toda mi vida como mentor, como guía, como referente, pero sobre todo como padre. Es una persona que además de brillante, carismático y líder, es buena persona, y siempre afronta los problemas con optimismo y humor. Por tanto, no tuvo ni que guiñar un ojo para tener a su hijo a su lado en Ayesa y empezar desde cero a explorar de verdad qué era esto del mundo de la Ingeniería. Mi padre me puso de instructor a uno de los ingenieros más brillantes que me he encontrado en todos estos años. Antonio Molina tenía por entonces treinta y pocos años, y era capaz de dejar mudo al más divo de los grandes estructuristas de la época. Me puse al lado de Antonio para aprender y aprendí mucho. Me formó como calculista y me enseñó a valorar el primer campo que descubrí de este maravilloso mundo de los ingenieros de caminos.

Estábamos en los 90 y eran momentos de obras lineales, así que fue casi natural la transición a empezar a diseñar carreteras y ferrocarriles. En esa época se incorporaron muchos de los que ahora son el alma de la rama de Ingeniería de Ayesa. Me sentí de verdad ingeniero como diseñador y pude participar como director de proyecto en grandes proyectos de infraestructuras por toda España. Fue una época muy bonita que me permitió conocer bien lo que es el negocio de una Ingeniería. Y de ahí poco a poco empezó a asomar mi vertiente más expansiva. Los que me conocéis bien sabéis que la perseverancia y la constancia son probablemente unos de mis principales rasgos de personalidad, así que puse todo mi empeño desde el año 2003 en llevar a Ayesa a nuevos mundos y mercados. Esa constancia me viene de mi madre. Dios fue tremendamente agradecido conmigo, y no sólo me dio un padre inimaginable, sino que me dio una madre increíble. Mi madre es única. Es dura como una piedra, sensible como la que más. Segura de sí misma. Decidida y con una fuerza interior brutal. Ella es la pieza angular de la familia Manzanares. Me moldeó desde pequeñito y mucho se me pegó de sus raíces vascas. Gracias mamá por ser como eres.

Fuera como fuere, a partir del 2003 empezamos en Ayesa la gran transformación del negocio. Convertirnos en una empresa global de servicios, empezando primero en España y luego por el mundo. Os tengo que reconocer que es lo que más me ha divertido en mi carrera profesional. El explorar nuevos mercados y definir y ejecutar la mejor estrategia para entrar en ellos y consolidarnos. En este camino difícil pero apasionante se han ido incorporando y forjando muchos de los directivos

de Ayesa hoy aquí presentes. Todos enormemente leales y comprometidos con nuestro proyecto empresarial. Ayesa ha sido todos los años de expansión un caso de rotundo éxito. Hicimos de México nuestro primer mercado en el exterior, Panamá, Colombia, Brasil, Ecuador, Perú, Marruecos, Argelia, Polonia, Arabia Saudí, Londres, Alemania, India, Filipinas, han sido los mercados donde uno a uno hemos ido incorporando al grupo. En todos, nuestras únicas herramientas han sido nuestra marca y el compromiso inigualable de nuestra gente. Ayesa ha expatriado en total a más de 700 profesionales. 700 ingenieros y técnicos, que junto a otros cientos de compañeros que desde España y otros países, y un grupo inigualable de directivos han sacrificado su vida para hacer de nuestra empresa una de las 40 empresas de Ingeniería más importantes del mundo. Yo no hubiera podido ir más allá de las ideas o de la ilusión si no fuera por este ejército imparable de ayesianos dispuestos a darlo todo por su empresa. Gran parte del mérito de este premio es gracias a ellos. Muchas gracias a todos los compañeros que he tenido a mi lado todos estos años, muchos aquí presentes. Así han sido mis últimos 15 años, un devenir de experiencias increíbles, mucho esfuerzo y logros que nunca habíamos soñado. Lo hemos conseguido, y Ayesa es hoy líder de servicios de Ingeniería a nivel global.

Pero por otra parte, Ayesa era y es algo mucho más grande que una empresa de Ingeniería. Desde sus orígenes mi padre entendió que la tecnología tenía que ser parte inseparable de la Ingeniería. Y de manera perseverante y concienzuda, esa pata de tecnología siempre estuvo presente hasta que mi hermana Arancha, otra ingeniera de raza y casta, Manzanares hasta la médula, la hizo florecer y florecer hasta que ese matrimonio de Ingeniería y tecnología se fortaleció para demostrar que uno no puede vivir sin el otro. El grupo Ayesa tiene ya casi 5 mil empleados, sin deuda y cimentado en los principios del trabajo, el hambre, la inquietud por innovar y ser cada día mejores. Yo fui el empleado número 166 cuando me incorporé a Ayesa. Es muy grande lo que hemos conseguido.

Pero no solo son reconocimientos profesionales, la labor social de la compañía es trascendente para nosotros, liderada por mi hermana Ana a través de la fundación Ayesa, la ha hecho consolidar como un referente en la innovación orientada a los más necesitados.

Desde hace unos meses mi familia me dio la responsabilidad de dar un paso más en la unificación del grupo, me nombraron CEO para avanzar en la integración de servicios, para que el denominador común del grupo sea la transformación digital, algo que se nos llena la boca al decirlo, pero que cobra todo el sentido en el mundo actual. Para mí en particular, liderar este proceso de transformación de la compañía es un orgullo enorme, porque entre muchos factores, veo que esas líneas de negocio vuelven a generar luz sobre nuestro gremio.

Están siendo años muy difíciles para nosotros, las escuelas se vacían y nosotros mismos justificamos que nuestros hijos no sean ingenieros de caminos porque triste futuro les espera. Son muchos los motivos que tenemos para argumentar nuestra falta de convicción sobre el futuro de nuestro gremio en España: paro, compañeros expatriados sin fecha de retorno, escasas expectativas de inversión en infraestructuras, sentimiento de abandono, sector demonizado por el compliance, empresas en dificultades, deterioro prolongado del sector.... Sin embargo yo estoy más convencido que nunca de que nuestro sector tiene enormes oportunidades para volver a ser un referente para la sociedad. Lo que tenemos que hacer es aproximarnos al mercado desde otra perspectiva.

Si nos fijamos en el mundo anglosajón, nunca estuvieron tan saludables las empresas de Ingeniería civil. Cada vez son más grandes y más fuertes. Hay consolidación en el mercado y crecen y crecen, haciendo compras de miles de millones por empresas que hacen pura Ingeniería civil. En Reino Unido son escasos los grandes proyectos nuevos de infraestructuras, sin embargo nuestros ingenieros se van allí, porque no tienen suficientes recursos locales para afrontar todo lo que tienen que hacer. ¿Qué nos diferencia? Que ellos han sabido solucionar las necesidades de sus clientes más allá de los trabajos tradicionales de Ingeniería. Ellos han aprendido a solucionar los problemas de sus clientes en la gestión de infraestructuras. Más allá de las diferencias culturales, hay un camino clarísimo que tenemos que recorrer y que nos puede hacer volver a la posición en la que estábamos.

Ese camino debe empezar en La transformación digital, que se ha convertido una gran oportunidad para nosotros. Es un hecho en muchos sectores, pero va a llegar a todos sin excepción. La movilidad en nuestras

carreteras, la conservación inteligente, la eficiencia en la operación de las infraestructuras, ese mundo es nuestro y debe ser nuestro. Un accenture y un everis tienen componente tecnológica pero no sabrá nunca entender los problemas de una red vial, nosotros sí, pero debemos dotar a nuestras organizaciones de una componente de tecnología para poder afrontar esos servicios. El hacer que nuestros vehículos se carguen en la calzada, que los autobuses eléctricos puedan vender la energía que les sobra a la red, que una estación de tren como Atocha pueda digerir el doble de operaciones sin poner un ladrillo, que la operación de una red ferroviaria no pueda ser hackeada por un ciberataque haciendo que los trenes no obedezcan el centro de control, todo eso necesitará de programadores y códigos de computación, pero también necesitará de nuevos ingenieros de caminos que sepan entender el problema y aplicar las soluciones.

El mundo está en un momento apasionante, y lo está también para nosotros, solo tenemos que creérselo y empujar como siempre lo hicimos para no perder este nuevo tren que está ya pasando por delante de nosotros.

Para terminar he dejado lo más importante. La principal razón que tengo cada mañana para levantarme de la cama de un salto. Mi mujer y mis hijos. Ellos son la base de mi existencia. Lo que le da sentido a todo. Miryam, sabes que te quiero y que te adoro, y que este camino que emprendimos hace años juntos cada día es más ancho y comfortable. Te debo mi felicidad, y lo sabes. Y mis tres pilares, José Luis, Claudia y Miryam. Dios no pudo haber sido más generoso conmigo que dándome a mis tres hijos. Son buenos, fuertes y responsables. Ojalá alguno de ellos siga pensando que ser Ingeniero de Caminos es la mejor profesión del mundo. Muchas gracias.